

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia



Inscripción.—En la Península: Un mes, 1 pta.—En el Extranjero: Tres meses, 7'50 ptas.—La suscripción se contará desde 1.º y 18 de cada mes. No se devuelven los originales.
Redacción: Plaza San Agustín 7.—Administración, Medford, 4.—Teléfono 237.

Condiciones.—El pago será adelantado y en metálico, o en letras de fácil cobro.—Correspondencia en París Mr. Lo rette, 14, rue Rougemont; Mr. John F. Jones, 31, Faubourg Montmartre.—New-York, Mr. George B. Fike, 21, Park Row.—Berlin, Rudolf Mosse, Jerusalemstrasse, 41-49.—La correspondencia al Administrador.

DE ALEMANIA

La guerra entre Francia y Alemania

Profecías por Jean Jaurés

El distinguido socialista francés y amante de la paz, Jean Jaurés, que ha pagado hace poco con su vida su actividad por la reconciliación del pueblo, ha tratado, en un libro publicado en 1913, «El ejército moderno», juntamente con la tesis socialista de las huestes populares, del tema de si Francia con su sistema actual podría resistir un ataque alemán. El pesimismo de sus manifestaciones se ha justificado con los presentes acontecimientos guerreros en Oeste. A continuación reproducimos una parte de estas declaraciones, que ahora se presienten como profecías:

Si mañana estalla la guerra entre Alemania y Francia; ¿cómo se desarrollará? Alemania seguramente empleará la táctica de ataque. Con esto quiero decir, que los alemanes antes que nada, caerán en territorio francés y procurarán de asentar al grueso de las apenas concentradas fuerzas francesas inmediatamente, uno de aquellos terribles golpes que abaten al enemigo ó que por lo menos le aturden de tal manera, que le hacen vacilar hasta el punto de que en el transcurso de una interrumpida batalla, no pueda recobrar sus energías bélicas. Todo indica que el procedimiento de mañana de Alemania, será éste. Esta es la máxima, manifestada cada día más clara y precisamente, del Estado Mayor alemán de Berlín. Este aboga por la ofensiva para cada una de las operaciones, como para el total; para la ejecución de los combates aislados, como para la realización de la guerra; para todo aquello que se llama táctica y para todo aquello que se llama estrategia; no en vano ponen de relieve Clausewitz y hasta el mismo Moltke, la fuerza que existe entre esta táctica y el procedimiento defensivo. Toda tendencia hacia la defensiva y hasta toda mezcla de defensiva de los franceses, dependería del plan alemán. Este será un ataque sin condiciones. Será una invasión, pero no solo con la intención de ocupar territorio enemigo, de obligar al enemigo mediante la presión ejercida sobre su vida económica y social a una capitulación aceptable aunque insegura, en el efecto final. Será una invasión que irá directamente a la potencia enemiga para destruirla, encerrándola en un círculo. Si el contrario se esforzase en rebatir, deteniendo el curso de los acontecimientos, entonces se le acorará, trayéndole a un paraje cerrado para que se vea obligado a aceptar el combate de hombre contra hombre. A este fin deberá ante todo disponerse de una gran masa de hombres, susceptibles de grandes acciones, y esta masa debe ser, ante todo, contratempo, de bastante unidad, de suficiente homogeneidad en todas sus partes, para, según sus necesidades, alcanzar un efecto total, no obstante, suficientemente armonizado y móvil, que se preste a movimientos rápidos, que son decisivos en los actos llevados a cabo contra el enemigo.

Este es, una mira completamente determinada y nada de planes lentos! Se trata de buscar al enemigo, de alcanzarle a toda costa para obligarle a una decisión. No bastaría atacarle por delante, obligándolo a retroceder, sin haberle causado pérdidas de consideración. Un ejército rechazado en esta forma, daría todavía fé de vida; su fuerza

material está debilitada solamente y podría ser posible que su fuerza moral se hubiera salvado por completo. Sin embargo, el cercar un ejército, es el medio seguro de causarle daños de importancia, daño material por el destrozmiento de una gran parte de sus fuerzas, y daño moral por el efecto aplastante que ejerce siempre sobre el adversario un golpe decidido y con éxito. Es así como si en los golpes premeditados aridara un espíritu horrible, el espíritu de la valentía y de la fuerza vencedora que extiende a la totalidad del pueblo primeramente vencido y por encima del verdadero alcance de las pérdidas sufridas, la impresión de lo irreparable é irrevocable. El Coronel Maillard ha hecho acertada observación en el prólogo puesto a sus «Elementos de la guerra», que los alemanes en su repentina irrupción han de simultanear con la eficacia del número, la eficacia de su capacidad para maniobrar.

Alemania sabe por consiguiente lo que quiere, lo sabe perfectamente. ¿Sabe Francia acaso lo que quiere? Con gran energía corrobora el Comandante Rose que no le sucede así a Francia. Exige cuenta de sus planes a los directos oficiales de Francia y a los del ejército añadiéndoles las temibles preguntas: «El actual ejército tal y como lo han creado los partidos civiles ¿se presta bajo el punto de vista estratégico a una ofensiva? No! La superioridad no se ha preocupado de este problema. El ejército alemán de primera línea está listo para entrar en fuego dos ó quizás tres días antes que el francés, y hasta los contingentes armados puestos por el Sur de Alemania estarían al séptimo u octavo día de su movilización al pié de los Vosgos.

¿Y como anda la defensa? No vá mejor. Hasta ahora no se ha atrevido ningún general en jefe de Francia a mirar cara a cara la defensiva para organizarla de antemano. Ningún Ministro ha pensado todavía en ponerse en pugna con la opinión pública para de este modo encauzarla. Se amontonaban tanto como sea posible millones de hombres en la frontera detrás de las alturas del Mosa. Pero ¿y si un ejército terrible, que esté listo para el combate antes que el francés, cae sobre las alturas del Mosa ó las rodea? Si este ejército irrumpe en Bélgica—lo que es probable y se hace razonable—si se produjera confusión en nuestra concentración ¡qué ruina! Una de rota antes que la batalla! Toda Francia debería presentar al Estado Mayor estas cuestiones. Ese es su deber, ese es su derecho. Francia debe saber si tiene una táctica guerrera y cual es, lo que piensan proteger el Estado Mayor contra el terrible ataque que el adversario prepara.

Lo repito otra vez, si Francia no ha abdicado en el fondo de su corazón a todo pensamiento de guerra y aventura, si su voluntad hacia la paz no ha alcanzado ese grado de fuerza y evidencia, de calor y luz que evite con un indicio de cualquier solución posible—toda mala interpretación, carecerá entonces de alma y vida la creación de una milicia y la organización de la nación armada y hasta la estrategia a grandes rasgos de la defensa nacional. En vano hubiera exigido Francia a todos sus ciudadanos una constante tensión del espíritu militar, la suposición de un serio fun-

cionamiento de la milicia, si estos no supieran que sus esfuerzos habrían de beneficiar algún día a la defensa de la paz del derecho. En vano llamaría a las armas a la incommensurable fuerza militar reunida por este procedimiento, mientras un recelo oculto paralizará la fuerza impulsiva de estos millones de ciudadanos soldados. Y en vano contaría Francia con la reflexión cada vez mayor del pueblo enemigo mientras no hubiera demostrado a todo este pueblo que ella ha querido la paz y hasta que aun la desea bajo el trueno de la guerra.

El cupo actual

Madrid 3 9 m.
En el reparto hecho del cupo actual, corresponden a Murcia 578 reclutas, a Cartagena 439 y a Lorca 678.

Los escolares vuelven...

Tesoro de esperanzas
Ya están aquí... Los alemanes, ó los franceses, ó las tribus guerreras que surgen en pos del belicario? No, es gente de paz, buena gente, que si á las veces gusta de las delicias de una fermentación colectiva, es habitualmente amiga de la tranquila monotonía y del sosiego de vivir cotidiano.
Aludimos, lector hermano, á la grey estudiantil. Diz la crónica, que se habrió ayer el nuevo curso académico; pero no fué necesario que en el Paraninfo de la Central se celebrara la tradicional, la solemne—la un poco cursi también ¡ay!—apertura del curso, para que Madrid se peccatara del acaecimiento cultural y progresivo.
Ya invadieron las calles, las bandadas simpáticas y alegres de muchachos estudiantiles; en los teatros, se dibujó, gárrula y fibrosa, la fisiología de la época invernal, con la arribada de los jóvenes espectadores que acuden á las salas de la rándula triunfal, luego de haber «matado» la mañana entre la tertulia de una Cátedra absurda y de un Catedrático, á las veces sapientísimo, pero ¡ay! á las voces obtuso y lamentable.
En Candela—¿no sabes, lector?—hay pléora de alumnos del Preparatorio de todas las Facultades. ¡Ah! Candela. ¿Qué escolar de éstos que arriban á la Corte, en una clara mañana de otoño, sensual y frívola, no sufre la inveterada fiebre de asistir, con asiduidad que acombraría al Marqués del Vadillo—insigne Catedrático,—á este templo del honorio en donde se cimentan las culturas médicas, jurídicas, ingenieriles, entre sorbo y sorbo de café, entre picardías ingenuas y pueriles, entre chiste y chiste de «La Hoja de Parra»?... ¡Candela! ¿Que estudiante de éstos que ahora comienzan su peregrinación universitaria no acude presto y con claro orgullo á recibir el espaldarazo de «hombre corrido», la consagración de píctro hidalgo, de manos de una de estas Venus de delantal blanco, que son el sueño dorado de un alumno del Preparatorio?...
¡Vida aventurera, de estudiante que no estudia! ¡Bendita seas! Al fin y al cabo, el estudiante trae de los rincones de la España vieja un hábito de casticismo, de rudeza bravia, de alma nacional, que compensa y consuela de la «francesada» que se nos aboca por el Pirineo, en forma de sacerdotinas que no tienen ni el encanto de llevar delantal blanco, ni el atractivo de hablar la «tabla castellana».

Bien venidos seais, estudiantes amigos. Madrid, sin vosotros es un palacio deshabitado y hosco. Con vosotros es un tesoro; un tesoro de realidades, pero, sobre todo, un tesoro de esperanzas...
Luis de Gainsoga.

De extrangis

¡Que corra!

¡que corra!

Con un humor de mil diablos, escribo estas versos subitos: ni Max Linder fué á la guerra, ni ha muerto; vivé en Sagunto, ni Joselito está grave, ni el Gavira entrará en turno ni España sigue neutral, ni Dato enferma de escrúpulo. Las informaciones de la prensa, me indignan mucho: las agencias nos colocan mentiras, bolas y bulos. Que si la India se subleva, el Japon dirá con disgusto, que si el Egipto se agita, será el Nilo su sepucro. Que Holanda nutre á Alemania, que se preparan los turcos, y que se anuncia una lluvia de «teppalines» y kurdos. Que el rey Carol, Hohenzollern, piensa arrojarse al Danubio; que la princesa Adelaida pide auxilio en Luxemburgo. Que el mágico plan Joffre, de caramelo, está á punto. Que Von Klupk se há suicidado, y el Krompint escurre el bullo. Que Italia exija Trieste, Trento, el Tírol y Salburgo. Que en Montroga han entrado á saco los austro-húngaros. Que Sektari está en ruinas; que se remueven los búlgaros. Que Wilson resulta anglófilo; y que Porfirio escha pino.
Después de tantos embustes diré algo cierto y seguro: que son muy caros los libros de texto, del Instituto.
X. Y. Z.

Habla Besada

Madrid 3-9 m.
El señor González Besada, hablando con los periodistas sobre la próxima reunión de Cortes, ha manifestado que espera que el patriotismo de los diputados evitará espectáculos que nos comprometan respecto á las naciones veligerantes.
Añadió que confia en que se aprobaran los presupuestos y demás proyectos económicos que presentará el Gobierno sin grandes debates.

De Sociedad

En el próximo mes de Noviembre contraerán los Indisolubles lazos del matrimonio, una joven viuda con un distinguido y bravo militar.
No estamos autorizados para dar los nombres de los futuros esposos.
—Procedente de Palma de Mallorca, hemos tenido el gusto de saludar á nuestro apreciable amigo el primer teniente de Infantería de Marina don Felipe Montaner.
—Ha regresado de la Corte, el digno Alcalde de esta ciudad, nuestro respetable amigo don Carlos Tapia.
Bien venido.

De la voluntad y los medios

Debemos enseñar á los jóvenes que no todas las posiciones sociales se deben á la influencia de los parientes y amigos, pues á veces, en la carrera de la vida, llega primero á la meta el que con sus propios manos aparta los obstáculos del camino, que quien encuentra ya tendidos los puentes para salvarlos.
Débe saber el joven que, por regla general, el mejor hombre obtiene el mejor empleo y que el persistente mérito acaba por vencer. La fortuna sonríe á los hombres que no se asustan del trabajo por penoso que sea, y tienen nervio y audacia bastantes para dejar de lado menudencias y fruslerías.
Hemos de enseñar á la juventud que sólo es grande quien heroicamente vence al destino; que la diligencia es madre de la suerte: que la mayoría de las veces, lo que llamamos fatalidad, no es ni más ni menos que el espantajo del apático, del perezoso, del negligente, del abúlico que generalmente el fracaso previene de haber perdido la ocasión que se le presenta, se desliza, se escurre de entre las manos del que no sabe aprovecharla.
Orison Sivet Marden.

La labor legislativa

Madrid 3 9 m.
González Besada, ha conferenciado con el vice presidente de la Comisión de Presupuestos del Congreso, Ordóñez, por estar enfermo Dominguez Pascual, con objeto de comunicarle los deseos del Gobierno de que comiencen cuanto antes á preparar la labor legislativa y tenerlo todo ultimado para cuando se abran las Cortes.

La guerra desde Londres

Canciones de ahora
Ayer desfiló un regimiento nuevo, formado por excoases residentes en Londres. Sólo los jefes y oficiales llevan uniforme. Dos mil morros, bien vestidos de paisano, fusil al hombro, coreando la música guerrera y antigua de las gaitas montañesas. La muchedumbre se aglomeraba para verlos pasar en las aceras. Los chiquillos iban, como en todas partes, delante de los gastadores. La calle, habitualmente tranquila, se llenó de ecos marciales. Y á todos los hombres que contemplaban el desfile, un soldado les entregaba una hoja de papel, en la que habia escrita esta canción, que traduzco, casi literalmente, de Harold B. Gbie.
«¿Qué te faltará, muchacho, que te faltará—cuando las muchachas se alinien en las aceras—mostrando su amor á los muchachos que vuelvan—de haber vencido al enemigo?—¿Darás tú también un grito ahogado mirando al cielo—y sentirás enrojecer tus mejillas?—¿Que te faltará cuando la que tú amas—te deje para irse con uno de ellos?—¿Dónde mirarás, muchacho, dónde mirarás—cuando los hijos que has de tener—te piden que le cuentes la parte que tomaste—en la guerra que hizo á los hombres libres?—¿Dirás que para ti era igual—que Francia detuviese á su invasor ó cayera...?—Pero ¿dónde mirarás cuando la ojeda de tus hijos—te diga que ellos saben que tuviste miedo?—¿Qué sentirás, muchacho, que sentirás—cuando en las futuras noches de invierno,—sentado cerca del fuego, en el sillón de los viejos,

—tus amigos hablen del combate?—¿Te deslizarás fueras como si hubieras recibido un golpe—tu cabeza blanca se inclinara abatida—ó dirás: Yo no fui de los primeros;—pero yo fui, gracias á Dios: yo fui...?»

Esta canción que se canta en los «musichalls», que se ha impreso en los periódicos, hace por el alistamiento más que todos los discursos de los políticos, porque habla á sentimientos humanos que son eternos. Añadid á esta el encanto del ritmo y de la rima, imagináos en un país empeñado en una lucha gigantesca, leída en medio de la calle, cuando resuenan en la distancia las músicas del regimiento que pasa y flamean las rojas banderas en lo alto, y comprenderéis la emoción con que los hombres mozos, luego de haberla releído, con los ojos brillantes y las mejillas encendidas, se encaminan resueltamente á la oficina de reclutamiento próxima.

Condiciones de paz

Todos los indicios y todos los augurios son de que la guerra vá á durar largo tiempo. Los preparativos de Inglaterra lo hacen también pensar así. Lord Kitchener ha hablado del gran Ejército británico, que está á punto para combatir en la próxima primavera; de suerte que cuando llegue la hora de la paz, Inglaterra tenga en sus manos un instrumento militar de enorme valor, en relación, sobre todo, con los demás Ejércitos continentales, que probablemente estarán diezmados y agotados.

Ahora se especula ya sobre las condiciones de paz, en el supuesto, que aquí no admite discusión, de que Alemania sea vencida. El Gobierno se ha limitado á decir que la guerra durará hasta extirpar el militarismo que ha perturbado á Europa medio siglo. Pero en los periódicos oficiales, como el «Daily News», comienzan á aparecer cartas de personajes políticos y literarios que puntualizan cuales han de ser, á su juicio, las bases de la paz. Alguien ha dicho que Alemania no debe ser desmembrada ni humillada. La opinión más numerosa es la contraria. «No sólo—como el almirante lord Charles Beresford ha expuesto—debe la escuadra alemana ser entregada á Inglaterra ó echada á pique. El canal de Kiel debe entregarse á Dinamarca para su custodia, internacionalizándolo. Las fortalezas germánicas, arrasadas. Los puertos alemanes del mar del Norte, dados también en custodia por Inglaterra, de modo que sea imposible de nuevo volver á hacer de ellos bases navales. Esto se refiere, naturalmente, sólo á las condiciones que interesan á la Gran Bretaña. Los demás aliados impondrán las suyas.

No serán muy diferentes, en efecto, las condiciones de paz que Inglaterra imponga. Esa paz ha de garantizarse por otro siglo la supremacía marítima y el papel preponderante en el mundo. No era fácil lanzarse á la guerra. Ya en ella, lo difícil es que Inglaterra se dé por satisfecha antes de haber destruido, en lo que la previsión humana puede alcanzar, la posibilidad de que se renueve esta peligrosa rivalidad naval, que ha sido para el pueblo inglés una pesadilla horrible. Jamás podrá atacar á su adversario en mejores condiciones. Dejar vivo el riesgo de que Alemania se rehaga y vuelva á la lucha por la libertad de los mares, sería una torpeza en que los Gobiernos ingleses no incurrirán.
Los escritores se dividen aquí en